

Elena
Rodríguez

El libro
del sabor
nuevo

FRAGMENTO



Paréntesis

Colección Umbral

OTROS TÍTULOS DE PARÉNTESIS EDITORIAL

- **COLECCIÓN DE FACTO**

Javier Villanueva. La verdadera historia, INMA PORTALO
Y JAVIER VILLANUEVA

Ulises y las sirenas. El dilema de la infidelidad, JESÚS COTTA

- **COLECCIÓN ORFEO**

Cuchulain de Muirthemne, LADY GREGORY

La sangre y el eco, JULIO MANUEL DE LA ROSA

Todas las mujeres, JOSE MARÍA CONGET

Los consulados del Más Allá, AQUILINO DUQUE

La fiebre de Siam, EDUARDO JORDÁ

Las historias gallegas, ÁLVARO CUNQUEIRO

La catedral, VICENTE BLASCO IBAÑEZ

Croquis a mano alzada y Las campanas de Antoñita

Cincodedos, JULIO MANUEL DE LA ROSA

El misterio del mundo. Antología, FERNANDO PESSOA

Misión en Bucarest y otras narraciones, AGUSTÍN DE FOXÁ

- **COLECCIÓN UMBRAL**

Vacaciones de invierno, JOSÉ MANUEL BENÍTEZ ARIZA

Plaza del Cabildo, EMILIO DURÁN

El centro de la Tierra, ANDRÉS PÉREZ DOMÍNGUEZ

El viento y la arena, ANTONIO REYES MATEO

Hildur, TONI MONTESINOS

Doménica, JOSÉ ÁNGEL CILLERUELO

La maldición del cronista, MARC GUAL

Sueños de libertad, CARLOS ALGORA

Horas para Wallada, MIGUEL ÁNGEL CÁLIZ

El año de Malandar, JUAN VILLA



Elena Rodríguez nació en Sevilla en 1979 y se licenció en Historia.

Ha cultivado todos los géneros literarios y ganó el primer premio de narrativa de la primera edición del premio de relato y poesía «El Mas de la Casa Blanca» por el cuento *Al fondo a la derecha*.

Actualmente, tras haber vivido durante dos años en Estrasburgo, trabaja como profesora de Geografía e Historia en un instituto de su ciudad natal.

1

MEL SALE DE LA CÁRCEL

En toda su vida jamás había descansado Mel tan plácidamente como aquella noche. Ni la humedad del habitáculo, ni los gritos procedentes de la celda contigua, ni siquiera las vueltas que daba la horripilante cena en su estómago, consiguieron estropearle el dulce sueño. Tenía ganas de silbar. En el espejo, un hombre con pómulos marcados y pelo negro muy corto y sorprendentemente enredado, le animó a hacerlo. Silbó. Tras ocho años de pesadillas despierto y dormido, había logrado dormir de un tirón, y se sentía como nuevo. Estaba dispuesto a enfrentarse con optimismo a la soledad, e incluso a la compañía, que le proporcionaba su injusta reclusión.

Se levantó del jergón mugriento que por allí llamaban cama y comenzó a asearse. Hoy tocaba ronda de libros. Era librero de su propia cárcel, como en las películas. Esto le permitía acceder a la biblioteca y, con la excusa de ordenar libros, librarse de las horas de patio.

Unos pasos desagradables le avisaron de la inminente visita de uno de los guardias. Abrió la puerta de la celda sin decir buenos días y se quedó parado mirando a Mel. *Largo*, añadió al ver que este no se movía. *Eres libre. Fuera*. Mel no podía creerlo.

Siempre le pasaba lo mismo. En cuanto empezaba a cogerle gusto a lo que la vida le había deparado, cambiaba su destino para hacerle otra vez desgraciado.

Pidió un minuto para recoger sus cosas, pero tras echar un vistazo, se dio cuenta de que no había nada que recoger. Si le hubiesen liberado una semana antes se habría llevado el cadáver de Cinta, su única amiga de presidio, para enterrarlo. Pero tuvo que tirarla por la ventana cuando empezó a descomponerse. Los ratones muertos huelen fatal.

El guardia le entregó un papel con una dirección y le advirtió que estaba bajo libertad vigilada, y que si no acudía allí todos los días del próximo año, volvería a estar entre rejas.

Era un día frío. Estaba lloviendo. Enseguida reconoció su coche esperando en la puerta, y dentro de él, desesperando, su esposa. O eso pensaba él. No hubo abrazos. Tampoco bajó del coche. Sólo abrió desde su asiento la puerta del acompañante. La Cinta que él recordaba era una mujer cariñosa y alegre, así que la miró un momento antes de subir, para asegurarse de que era ella. *Estás muy delgado*. Sí, era ella. Intentó besarla pero fue esquivado. En el camino a casa, Mel fue informado de algunos cambios y permanencias que explicaban por qué su esposa no había ido a visitarle en ocho años. Los cambios consistían en que se había ido a vivir con su madre, y que ya no le quería. Que había alquilado la casa y le había guardado en una cuenta la mitad de todos los alquileres. Las permanencias, que seguía pensando que estaba loco y que nunca cambiaría, por lo que no era sensato vivir con él.

Detuvo el coche delante de la que había sido su casa. Le dio las llaves y una tarjeta de crédito. *Los inquilinos están de vacaciones. Tus cosas están en el armario del pasillo. No sabía qué hacer con ellas*. Mel no entendía por qué nadie tenía que hacer nada con sus cosas. Se quedó solo bajo la lluvia, con las llaves en una mano, la tarjeta en la otra y su vida alejándose de él. Encontró ropa y sus cuadernos de apuntes en el armario. Estaba

dándose una ducha cuando recordó lo mucho que le gustaba cocinar. La cocina ya no le resultaba familiar. Habían cambiado los muebles, pero le daba igual. Estuvo cocinando toda la tarde, y se fue a la cama sin probar bocado.

Se despertó temprano y por un momento se sintió desorientado. En su propia casa. Hizo una pequeña maleta y buscó el papel que le había entregado el guardia.

No pudo enfrentarse al transporte público aquella mañana. Se sentía perdido e indefenso. Hacía mucho que sólo sabía recibir órdenes. Se consoló pensando que seguro que pronto encontraría a alguien que quisiera darle órdenes, y se rió de su propia miseria. Ya no tenía ganas de silbar.

Salió dispuesto a coger un taxi, pero la lluvia tuvo tiempo de empaparle antes encontrarlo y el taxista se negó a subirlo. Iba a mojarle la tapicería. Intentó recordar el camino hacia el centro. Era horrible pensar que había estado a sólo unos kilómetros de allí, y parecía que había estado en otra galaxia. Sonrió. Estaba empapado, perdido y abandonado. *Soy un buen tipo*, se dijo mentalmente.

El timbre del despertador sobresaltó al viejo Cot, que dormía apaciblemente en su cama de agua, en la parte céntrica la ciudad. Era un hombre gordo, calvo y bajito, de casi setenta años. Se incorporó con dificultad y al abrir los ojos descubrió horrorizado que el cartero había pasado una carta por debajo de la puerta. Aquello revelaba una larga lista de calamidades que, como un jarro de agua fría, le hicieron aterrizar en aquella mañana.

En primer lugar, si el cartero había pasado ya, llegaba tarde a trabajar. Aunque no tenía jefe que le agobiase, para eso se bastaba solo. Si la carta estaba delante de sus narices, es que le habían vuelto a robar el buzón. *¿Qué tiene de fascinante mi buzón? ¿Por qué no roban nunca el del imbécil que vive al lado?* Que la carta en cuestión hubiese dejado un rastro de agua, indi-

caba, sin duda, que estaba lloviendo. Y, por último, para colmo de desgracias, el único correo que recibía desde hacía años, eran facturas del casero y de los proveedores de su invernadero.

Sólo después de vestirse tranquilamente se acercó al ente que perturbaba su existencia. Se agachó a recogerlo porque le estorbaba el paso hacia la calle. Al ver el sobre de cerca se dio cuenta de que no era una factura. Llevaba el matasellos de la prisión estatal. Era algo peor que una factura.

Retrocedió unos pasos para sentarse en la cama y lo rasgó con nerviosismo:

Señor Cot y Cot, tengo el orgullo de comunicarle que ha sido uno de los elegidos entre los ocho millones de ciudadanos del hemisferio para colaborar con un innovador plan de reinserción social para los exconvictos sin delitos de sangre.

El elegido para usted, por sus intereses comunes, es Mel del Cel, quien deberá acudir a una cita en su lugar de trabajo, el día seis de abril.

¡Enhorabuena! Seguro que sabrá aprovechar esta oportunidad que le brinda el Estado para enriquecerse con una experiencia de generosidad.

*Cordialmente,
El Comisario General.*

Genial, otra víctima de la generosidad del Estado. Seguro que el seis es lunes. Las cosas malas pasan siempre los lunes... ¡maldición! El calendario situaba aquel día fatídico en el presente, así que salió a toda velocidad hacia el Jardín de Cristal.

La puerta estaba abierta de par en par. Aquello era un atropello. Un hombre de unos cuarenta años, delgado y excesivamente pálido, lloraba sentado en su sillón de ver crecer a las plantas. No sabía cómo reaccionar. Estaba muy enfadado, pero aquel hombre, sin duda su exconvicto, estaba llorando. Entró

sin decir nada, observando al intruso, que se secó las lágrimas al verlo llegar. *Lo siento. Llegué temprano y estaba lloviendo...* Cot recordaba haber cerrado con llave el jardín, estaba seguro. *¿Y eso lo aprendió en la cárcel o estuvo allí por saberlo?* Mel rió. Era la primera vez en su vida que forzaba una cerradura. Desde luego no era un ladrón. Al menos no en el sentido convencional del término. Miró al jardinero detenidamente, *¿usted va a reinser-tarme en la sociedad?* Cot suspiró, *y usted debe ser Mel del Cel... yo lo único que sé es que debo tenerlo aquí un año, y espero que el Estado le pase un salario, porque no necesito ayudante.* Mel se levantó de la silla, abrió la maleta y comenzó a desnudarse para ponerse ropa seca. *Entonces no le ayudaré, pero tengo que estar aquí.* Cot se volvió incómodo. Nadie se desnudaba nunca delante de él. *La carta decía que tenemos intereses comunes, y a mí sólo me interesan las plantas. ¿Era usted botánico o algo así?* Mel abrochó y desabrochó el último botón de la camisa varias veces. Lo dejó abierto y, por primera vez, se sintió libre. *Las plantas... sí me encantan. Pero yo trabajaba en una fábrica de motores de barco.* Algunas lágrimas acompañaron estas palabras. Cot se estaba atando el delantal. *Oh, lo siento. ¿Ha desayunado?* Enchufó la cafetera. *Le gustaría volver a su antiguo trabajo, ¿verdad?* El olor a café reconfortó a Mel. *En realidad me gustaría volver a la cárcel. ¿Sabe que mi mujer me ha dejado? Hace ocho años, y yo me enteré ayer...* El jardinero sirvió dos cafés solos. *Se me ha acabado la leche. Tal vez pueda ayudarme con los pedidos. ¿Sabe conducir?*

IR A LA FICHA DEL LIBRO

Queda prohibida, bajo sanción prevista por la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin permiso previo por escrito de los titulares del copyright.